

Víctor Blázquez
EL CUARTO JINETE

DOLMEN
EDITORIAL

*A mi mujer, Cristina.
A mis hijos, Kike y Nacho.*

PRÓLOGO

—EL ÚLTIMO COCHE—

1

La primera víctima fue el soldado Morris Ames. Ni siquiera lo vio venir, no tuvo tiempo de pedir ayuda, ni tan siquiera de gritar antes de que su sangre salpicara todo a su alrededor. Murió pensando en su cocker spaniel. Y después de Ames vinieron muchos más. Demasiados.

2

Para entonces, el Kia Ceed de Mark Gondry estaba detenido junto al arcén, y tanto el propio Mark como el joven fotógrafo que observaba el cielo junto a él esperaban que les cambiaran la rueda pinchada. El mecánico, un hombre de aspecto sucio y manos manchadas de grasa que no había dejado de mascar y escupir desde que se había bajado de la grúa, sudaba bajo el sol mientras terminaba de apretar las tuercas del nuevo neumático. Mark procuraba no mirar hacia él, porque la camiseta se le había subido y dejado a la vista la raja del culo de ese hombre. Un espectáculo que podía pasar sin ver.

A Neville sin embargo le había hecho gracia y le había sacado una foto al trasero del mecánico sin que este se diera cuenta. Y después, había vuelto la cámara al cielo, había movido los dedos con la agilidad y eficacia de un profesional, y había tirado un par de fotos más. Mark levantó la vista, buscando el objetivo de aquellas fotografías, pero no vio nada que le llamase la atención.

—¿Qué haces?

Neville puso la tapa al objetivo de forma inconsciente mientras se giraba hacia él. El tipo de acto que uno está tan acostumbrado a hacer que ni siquiera le presta atención.

—Fotografío nubes —respondió el chico. Era joven, recién salido de la facultad, seguramente. Mark no le había preguntado, pero le echaba veinticuatro o veinticinco años. Llevaba una camiseta con el logotipo de Dharma. A Mark nunca le había gustado *Lost*, le parecía pretenciosa y tramposa, pero conocía el símbolo. Era imposible no hacerlo. *Lost* había llegado a estar hasta en la sopa.

—¿Y eso?

—Es un pasatiempo. Lo hago a menudo. Tengo una colección enorme. Me gustan sobre todo aquellas que tienen forma. Esa, por ejemplo, me recuerda a un gato a punto de saltar.

Mark levantó la vista y siguió la dirección que le indicaba el dedo extendido de Neville. Tuvo que concederle el beneficio de la duda al chico. La nube realmente recordaba a un gato, aunque a Mark le parecía que estaba cagando.

—Nunca me han gustado los gatos —murmuró—. Tienen esa mirada maliciosa, como si en todo momento estuvieran perdonándote la vida a pesar de desear saltarte a la garganta.

Neville se encogió de hombros.

—¡Ya está! —exclamó el mecánico, levantándose y frotándose las manos ennegrecidas. Grandes gotas de sudor le resbalaban por la frente. Escupió a un lado. Mark tuvo que morderse la lengua para no decirle que era un cerdo—. Y, coño, recuerde, no debería viajar sin rueda de repuesto.

Mark asintió y acompañó al hombre hasta la grúa, para firmar lo que tuviera que firmar y pagar lo que tuviera que pagar. Neville se apoyó en el coche y les apuntó con la cámara. Manipuló el foco y apretó el disparador. Le habían contratado hacía tres días como fotógrafo en un pequeño periódico local. No era gran cosa, pero de momento era todo lo que tenía. Aquella era su primera asignación, un viaje a un pueblo cercano para entrevistar y fotografiar a un hombre que se había proclamado campeón mundial de dominó. Cuando se lo había comentado a sus colegas, todos se habían reído y burlado y comentado en tono irónico lo trascendental que era aquel reportaje. A Neville no le importaba que la historia aparentemente no fuera nada importante. A veces las cosas mundanas resultaban ser mucho más interesantes que los grandes acontecimientos. Y aunque

podría ser que ese no fuera el caso, Neville estaba encantado. Era su primer trabajo y estaba entusiasmado por hacerlo bien. Y Mark Gondry era toda una personalidad en la ciudad, un periodista que ponían como modelo en la universidad, cuestionado por muchos por mantenerse bajo el radar en un periódico local y alabado por muchos más por su trabajo. Y Neville quería aprender de él.

Mark terminó los trámites del mecánico y se dio la vuelta hacia el coche. Neville hizo otra foto.

—¡Chico, si no quieres irte andando será mejor que no me hagas más fotos!—exclamó.

—Bueno —respondió Neville, guardando la cámara en su funda y abriendo la puerta de copiloto del Kia—. Luego dirás “qué guapo salgo en esta foto, ojalá me hubieras sacado más para poder dárselas a mis fans”, y yo me encogeré de hombros y te diré “deberías haberme dejado que te hiciera fotos”.

Mark suelta una carcajada y arranca el coche. Se ponen en marcha.

—Ya lo dudo —dice Mark—. Odio a la gente que después de que pase algo te dice “deberías haber hecho esto”, como el mecánico. Ya sé que debería haber traído la puta rueda de repuesto, y si las putas ruedas no fueran tan jodidamente caras, lo habría hecho. Pero lo son. Jodidamente caras. La última vez que me tocó cambiar las ruedas, todo el dinero que gané ese mes se fue en esos putos círculos de caucho. Cabrones.

Esta vez fue Neville el que rió. Le habían advertido que Mark Gondry era un malhablado, pero Neville no imaginaba que lo fuera hasta ese punto. Rió con ganas durante un rato mientras Mark aceleraba el coche hasta ponerlo a ciento cuarenta kilómetros por hora.

—¿Llegaremos a tiempo?

Neville miró su reloj e hizo un cálculo mental.

—Creo que llegaremos diez o quince minutos tarde.

—Odio llegar tarde, joder —y aceleró un poco más.

Neville se encoge de hombros y mira al cielo, en busca de alguna otra nube interesante. Mark le echa un vistazo a través del espejo y no puede evitar volver a pensar en la extraña afición del chico por fotografiar nubes. A lo largo de su vida,

Mark había coleccionado toda clase de cosas, desde cromos hasta chapas, canicas, sellos, plumas, servilletas, calendarios, y había tenido un gran número de aficiones más o menos normales. Incluso había tenido una amiga que coleccionaba pegatinas de las frutas, esas que vienen en las mandarinas, manzanas y demás. Su obsesión era tal que iba por los supermercados robando las dichosas pegatinas y tenía páginas y páginas de álbumes llenas de pegatinas de fruta.

Y ni siquiera era la colección más rara que había conocido. Hace tiempo, durante la carrera, le tocó hacer una práctica con un chico (*tengo el nombre en la punta de la lengua*) que coleccionaba etiquetas de sujetador. La primera vez que habían hablado de ello, Mark había pensado que se trataba de una broma, que el otro chico simplemente estaba diciendo tonterías. No le dio mayor importancia y se olvidó de ello.

Por aquel entonces, Mark tenía una novia en la universidad. Una chica risueña y sonriente, de buena figura y dos años menor que él. Estudiaba medicina y venía de buena familia. Era corriente verlos por el campus en sus ratos libres, a veces cogidos de la mano, a veces simplemente charlando, y, más de cuando en cuando, besándose apasionadamente. No había sido la relación más apasionada de Mark ni por asomo. Ella era bastante fría y casi no dejaba que él la tocara. Nada que ver con la fotógrafa de la redacción con la que de vez en cuando se veía ahora. Karen era pura pasión. Le había pedido a Logan que les enviara juntos a hacer este reportaje, pero Logan era un viejo cascarrabias al que gustaba atrincherarse en sus ideas y jamás daba su brazo a torcer. Quería que Mark fuera con el chico, y así había sido. Si hubiera sido Karen la que se encontrara sentada junto a él, aquel trabajo no le daría tanta pereza. O al menos, no la noche de hostel que les esperaba.

Mark no había olvidado nunca el día en que el chico de estrambótica afición por los sujetadores se le había acercado en clase, sigiloso como un agente de las fuerzas especiales durante una incursión. Mark estaba apuntando unas señas del tablón de anuncios cuando aquel chico (*¿cómo se llamaba?*) se había colocado a su lado, sobresaltándole.

—Joder, vaya susto —había dicho Mark.

El otro (*maldita sea, su nombre era...*) le había sonreído con timidez. A Mark siempre le había recordado a un ave escurridiza. De hecho, nunca le había visto por la facultad antes de que les tocara hacer juntos la práctica (*aunque él juraba ir a clase todos los días, maldita sea, ¿cuál era su nombre?*) ni tampoco después de acabar la práctica. Hasta aquel día en que se le acercó por la espalda mientras estaba copiando unas cosas.

—Hola.

—Hola. ¿Qué haces?

—Venía por aquí. Te he visto. ¿Qué haces tú?

—Copiar esto —había respondido Mark, mostrándole la hoja en que estaba escribiendo. El otro ni siquiera la miró.

—Es que... verás... tenía que preguntarte algo.

—Bueno, dime.

—Es que... verás... tú... el otro día te vi con una chica... así, morena, delgadita...

—Sí, es mi novia.

—Ah. Eso imaginé. Quería preguntarte si podrías... no sé si te acuerdas de que yo colecciono... y tú pudieras conseguirme... alguna.

Aquel tipo raro le estaba pidiendo que cortara las etiquetas de los sujetadores de su novia para dárselos a él. La asombrosa petición pilló tan desprevenido a Mark que no supo cómo reaccionar y se quedó quieto, sonriendo, mirando a aquel chico. Después, había empezado a reírse, se le habían caído las cosas de las manos y la risa se había vuelto tan descontrolada que tuvo que sentarse para no caerse. Todos los que pasaban por allí le miraban como si él fuera el tipo raro, y Mark era incapaz de dejar de pensar: “¿Yo el tipo raro?” lo cual le producía un nuevo ataque de risa.

—¡Olson! —exclamó de pronto. Y un segundo más tarde se dio cuenta que lo había dicho en voz alta y Neville le estaba mirando sorprendido.

—¿Quién es Olson?

—Eh... estaba recordando una cosa. Olson era un chico, de mi universidad, que coleccionaba cosas raras.

—¿Qué cosas?

—Etiquetas de sujetador.

—¿Etiquetado...? —Neville le miró—. ¿En serio?

—Sí.

—¿Y se los ponía también?

—¿El qué, los sujetadores? Yo que sé.

—No sé, era tu amigo, no el mío.

—No era mi amigo, solo un tipo que conocí en la facultad. La última vez que le vi fue en un centro comercial. ¿Sabes qué estaba haciendo?

—¿Qué?

Mark empezó a reír. Neville le miró con curiosidad, esperando que a Mark se le pasara el ataque, pero durante al menos cuarenta segundos, Mark no fue capaz de decirlo, porque bastaba que abriera la boca para que empezara de nuevo a reírse.

—Tenía unas tijeras y estaba en la zona de lencería. Imagínatelo.

Los dos soltaron una carcajada tal que a punto estuvieron de perderse el cartel que indicaba el desvío hacia el túnel que cruza la montaña hacia Castle Hill. Mark situó el coche en el lado derecho de la carretera y, cuando una carretera secundaria se desvió de la autopista, Mark enfiló el Kia Ceed en dirección a Castle Hill.

3

El Kia Ceed conducido por Mark Gondry aún tardará al menos media hora en alcanzar el túnel. Y será el último coche que entre en Castle Hill antes de que el ejército de los Estados Unidos bloquee todas las carreteras que salen del pueblo. El infierno ya se ha desatado, y los soldados que establecen el perímetro alrededor del pueblo solo han recibido una orden: Contención.

A toda costa.

I

—VISITA TURÍSTICA—

1

Será mejor que dejemos por un instante a Mark y Neville, porque para poder entender todo lo que está sucediendo (y lo que es más importante aún, para entender lo que va a suceder) necesitamos tener una situación global previa. Así que ven conmigo, deja que yo te guíe y te mostraré todos los ángulos de esta situación. De entrada, sabemos que Castle Hill es un pueblo pequeño, el típico sitio que desaparecería arrasado por el progreso y el éxodo a las ciudades de no ser porque hacen falta manos que cultiven los alimentos y cuiden de los animales que luego se comerán en esas ciudades. Pueblos como Castle Hill sobreviven por eso, y algunos, como esta en concreto, mantienen aún cierto nivel.

No deja de ser un pueblo, claro que no, y la mayoría de la gente conoce al resto de vista, incluso de nombre, algo que en una gran ciudad es imposible. Jodidamente imposible, como bien diría nuestro querido Mark Gondry. El nivel de Castle Hill se debe sobre todo a dos cosas fundamentales: la fábrica papelera, que da trabajo a un buen número de habitantes del pueblo, y la pequeña base militar construida a mediados de los ochenta. La práctica totalidad de los soldados viven en el cuartel, por lo que no se relacionan demasiado con los habitantes de Castle Hill, y cuando tienen días libres la mayoría se marcha a sus casas, sean de donde sean. Pero algunos salen por el pueblo, y oye, no lo negaremos, ingresos son ingresos y eso es bueno para el pueblo.

Ven, sígueme. Te enseñaré como van las cosas por aquí. Así después nada nos pillaré por sorpresa. Quizás sea mejor que te avise. Lo que estás a punto de presenciar no es algo que se

pueda ver todos los días. Y sí, imagino que habrás presenciado cosas muy interesantes, pero en Castle Hill está a punto de pasar algo realmente impresionante. Y digo REALMENTE, así, con todas las letras y en mayúsculas.

No me estoy tirando flores ni nada por el estilo, pero, de verdad, vas a ver cosas que nadie ha visto, y probablemente, algunas sean aterradoras. Las verás con tus propios ojos, y maldito sea si te miento. Eso sí, procura estar siempre detrás de mí. A mí no pueden hacerme nada, y es la única forma posible de que a ti tampoco. No debemos intervenir en los acontecimientos, aunque podremos ser testigos de excepción, lo cual tampoco está nada mal.

Ven, ya hemos llegado. Esto es el mirador. Como ves, es un paraje hermoso, sobre todo en verano, cuando las flores lo llenan todo con sus intensos colores. Te delata esa sonrisa. Sé lo que estás pensando, y sí, es cierto, las parejas vienen aquí a retozar, algunas incluso a pasar el día, cogidos de la mano y besuqueándose. Por aquí y por allí puedes observar diferentes indicios de la presencia humana en el lugar: latas oxidadas de diferentes refrescos, envoltorios de chicles, un llavero oxidado que alguien llamado Francine Newcomb perdió hace casi veintitrés años la misma noche en la que perdía su virginidad con un chico (que ahora es un hombre) llamado Richard Jewel (es el mismo llavero que luego buscaría desesperadamente sin llegar a encontrarlo el día antes de enterarse de que aquel primer arrebato sexual le había dejado embarazada con diecisiete años), una moneda, y allí, junto a aquel árbol, puedes ver un condón usado no hace más de tres días (estos seguro que no tienen problemas de embarazo). Vamos a acercarnos hasta el borde y podremos admirar las vistas. Por algo es un mirador, ¿no?

Eso que se ve a la derecha, en la cuesta del mirador, es la zona pija de Castle Hill. Ahí vive la gente con dinero. Si te fijas, son todas casas de dos o tres pisos y todas ellas poseen su piscina y su pequeño jardín. Una gozada. Como ves, hay un súbito corte cuando la ladera llega abajo. Ahí empiezan las casas normales de este condenado pueblo. La gente de por aquí llama a la parte sur del pueblo “la zona sangrienta” porque como ves, las casas son de ladrillo rojo. Hay dos o tres manzanas así.

Justo debajo de esta ladera está el túnel de entrada al pueblo. Pero desvía un poco la mirada hacia el Oeste. Allí, en la intersección entre las calles Abraham Lincoln y Kest, el edificio blanco coronado por una cúpula de acero. Eso es el cuartel de bomberos. Sí, es un poco extraño para ser un cuartel de bomberos, pero, ¿qué quieres que te diga? Yo no construí esta ciudad. Más al Oeste, en la calle Gilead, puedes ver la comisaría. Se ve desde aquí porque no hay nada construido a ninguno de sus lados, y además tiene un amplio aparcamiento que nunca, ni remotamente, está lleno. Como mucho llegan a aparcar tres coches al día.

La verdad, ser policía en Castle Hill tiene que ser como estar en el paraíso, en un día normal, me refiero, claro. Hoy, cuanto más lejos de Castle Hill te encuentres, mucho mejor. Su trabajo no suele ir más allá de tranquilizar a los borrachos, dar reprimendas a los gamberros, y poco más. En nómina hay cuatro agentes, sin contar por supuesto, al comisario. El comisario es un buen hombre. Le conoceremos más adelante. Apúntate bien el nombre, te conviene recordarlo. Si alguna vez tienes problemas, tendrás que acudir a él. Dennis Sloat. Como a él mismo le gusta decir, él es la ley en esta ciudad.

Avanza un poco más con la mirada hacia el norte. Hasta la glorieta del Rey, conocida por los chavales como Plaza "K", vete tú a saber por qué. La glorieta recibe su nombre del fundador de la ciudad, un hombre que se hacía llamar Rey y a los que pocos recuerdan ya, ni siquiera en los libros de historia. En la glorieta hay una tienda donde todos los jóvenes del pueblo han ido alguna vez a comprar revistas guarras, de esas en que las mujeres enseñan todo lo negro. Y no es que sean revistas malas, es solo que no están bien vistas, y ya se sabe, de ahí el calificativo de guarras. Pero los jóvenes las compran, como todos hemos hecho alguna vez, y después se las esconden bajo la camiseta para que nadie vea lo que han comprado. El dueño del quiosco, Stan Marshall, es un viejo arisco y nada agradable. No es una persona muy querida. Ni siquiera su difunta mujer, que en paz descansa, le quería demasiado.

Sigue más hacia el norte. ¿Ves esa carretera que sale del bosque en dirección noroeste? Esa es la Carretera 113. Si la sigues

durante casi dos kilómetros y medio llegarás a una edificación grisácea, totalmente apartada del pueblo. A pesar de ser un complejo gigantesco, resulta difícil verlo desde aquí. Es por culpa de esa colina que nos queda en medio. Bueno, hazme caso, detrás de esa colina se encuentra la base militar donde a un idiota se le resbala el maldito frasco que libera cierto virus al romperse en el suelo, iniciando los acontecimientos que vamos a presenciar hoy. Tampoco es que lo hiciera a propósito. Anoche discutí con su novia, porque ella vive en Denver y la distancia les está ahogando y ella ha conocido a alguien y ha empezado a quedar mucho con ese alguien, y a nuestro idiota eso le ha sentado especialmente mal, y cuando coge el dichoso tubo de ensayo tiene la mente en Denver y está pensando en algo totalmente distinto a las precauciones que debería tomar. Y el tubo de ensayo resbala de su mano y cae al suelo, partiéndose en mil pedazos y liberando una toxina.

¿Qué te parece Castle Hill? Parece un lugar bonito, es cierto. Tiene todo el encanto de los pueblos hermosos, con sus casas bajas, sin mucho ajeteo o problemas, sin tráfico ni polución, siempre que no desvíes la vista hacia el Oeste, hacia la fábrica papelera con sus grandes chimeneas. Un buen lugar para vivir si te gusta el campo. Tendríamos que visitarlo más de cerca. Además, ya es hora de que lo hagamos, si no, después no tendremos tiempo.

Abandonamos el mirador. Le echamos una última mirada sonriente al gran roble bajo el que se encuentra un preservativo recientemente usado, puede que hasta nos preguntemos si la pareja que lo utilizó disfrutó del acto, y preferimos pensar que así fue, que fue algo agradable. Después de todo, las cosas desagradables están por llegar a Castle Hill.

El camino de salida del mirador es de tierra marrón, y la marca de neumáticos es evidente. Es el típico camino que se ha formado tras muchas idas y venidas de vehículos, tanto de dos como de cuatro ruedas. Empezamos a bajar por él, tranquilamente, pero tampoco despacio. Después de todo, tampoco tenemos todo el tiempo del mundo. La ladera por esta parte no está muy empinada, y parece que el camino se dirige al sur, alejándonos del pueblo. Es tan solo una ilusión, tras aquellos

árboles empieza a girar para encaminarse hacia el norte, hacia la zona pija, y más allá, el centro de Castle Hill. ¿Estás preparado? No creo que después tengas la posibilidad de retroceder.

Una vez el camino enfila hacia el norte, hay un centenar de metros más en que el camino es de tierra y piedra, para después, sin previo aviso y de sopetón, convertirse en un camino asfaltado, estrecho, pero asfaltado. Ha ocurrido tan de golpe que tenemos que mirar atrás para asegurarnos de que en realidad ha pasado. Ya divisamos las primeras casas, los primeros chalets de la gente rica que se ha comprado una casita en este pueblo para veranear. Así es la mayoría de los casos. La mayor parte de estas casas está cerrada durante tres estaciones del año, esperando, envejeciendo, hasta que en verano – y muchas veces ni siquiera el verano entero – sus dueños vienen y vuelven a resucitarla, llenándola de vida. Ahora nos encontramos en primavera, así que no debemos asustarnos si nos encontramos con persianas bajadas, jardines descuidados y casas sombrías.

La intuición no falla. Las casas que pasan a nuestro lado mientras recorremos la carretera están cerradas a cal y canto. Mira, en aquella esquina hay una con las persianas subidas. Sí, es la casa de Elvira Tuckson, una anciana ricachona que vive permanentemente en Castle Hill. Algunos la conocen como *Nosferatu*, pero son las malas lenguas. Hay muchos rumores acerca de Elvira *Nosferatu* Tuckson. Tras la muerte de su esposo, dicen, se sumió en una extraña depresión, y uno podía encontrársela merodeando por las noches cerca del cementerio, con el rostro pálido (esto tiene explicación, y es que Elvira es una mujer de piel excepcionalmente clara) y una mueca de angustia y pesar que producía verdadero pavor.

Entremos. Tenemos suerte de ser quienes somos, porque nos podemos colar a través de la puerta y observar qué hace en estos momentos Elvira. Nada más entrar en su casa percibimos un olor muy desagradable que en el exterior no se apreciaba. Observamos que las paredes tienen la pintura desconchada y hace mucho que nadie limpia el suelo. Hay pelusas de grandes dimensiones en torno a inmensos montones de libros y periódicos, que llenan el suelo. Parecen esos matojos redondos que solían verse en las películas del Oeste rodando por las calles

desiertas. Esos matojos tienen un nombre, pero nunca consigo acordarme... si te acuerdas tú, no te olvides de decírmelo. Pero no hay ni rastro de la mujer que vive en esta casa.

Avanzamos por el pasillo, y llegamos hasta la cocina. Nos asomamos. Si el pasillo nos parecía descuidado, esto nos parece asqueroso. Las paredes están casi grises de suciedad, y por todos los sitios hay platos sucios y algunos con comida medio podrida. De hecho, sobre un cacho de tarta de chocolate hay una cucaracha moviendo grácilmente sus antenas. El fregadero está a rebosar de platos, vasos y cubiertos. El suelo tampoco está mucho mejor. De hecho, cerca de una silla caída hay una mancha de color amarillento que es muy sospechosa, y cuando menos, asquerosa y repugnante.

Salimos de la cocina y seguimos avanzando por el pasillo hasta llegar a las escaleras. Al fondo está el salón, pero advertimos que no hay nadie entre el desorden reinante. El suelo del salón está aún más copado de montones de libros, periódicos y ropa vieja. No hay más opciones, Elvira debe estar arriba, así que empezamos a subir.

La escalera cruje bajo nuestros fantasmales pies, y al mirar hacia abajo vemos grietas en más de un escalón. La sensación que daba la casa desde fuera era hermosa, parecía casi nueva. Por dentro, esto es un cuchitril. El vestíbulo del segundo piso es una pequeña estancia con tres puertas. El suelo, otrora parqué, está levantado en varios puntos. No hay ningún cuadro ni fotografía en las paredes. Las puertas no tienen ninguna marca, así que nos encaminamos a la que más cerca nos queda.

Al otro lado, mientras la puerta es empujada por una de nuestras manos, vemos un cuarto de baño digno de una película de terror de serie B sobre hoteles embrujados. La versión cutre del motel de Norman Bates. Hay telas de araña por las esquinas, todo está mugriento. Por la bañera pasea una cucaracha, seguramente en busca de algo que llevarse al buche. El espejo está agrietado y ennegrecido.

Y huele mal. Espera, sé que dan ganas de irse, pero ya te dije que no podrías retroceder una vez comenzado el viaje. Mientras salimos del cuarto de baño, pensamos que tal vez el mal olor no provenga solo del cuarto de baño, que tal vez ya estu-

viera presente pero nosotros solo lo hayamos percibido una vez visto aquel lugar. Tal vez Elvira *Nosferatu* Tuckson esté muerta, descuartizada en algún lugar de esta casa. Tal vez un loco psicótico se coló en su casa, de la misma manera en que nosotros lo hemos hecho, y asiendo su hacha con las dos manos, hundiera el filo de la hoja en el cráneo de Elvira, salpicándolo todo del rojo intenso de la sangre, sin dar siquiera tiempo a la vieja mujer a dar un grito. Después, el loco podría haber descuartizado el cuerpo y ocultarlo, como en esa vieja película de fantasmas, tras una de las paredes. Eso, sin duda, aclararía el mal olor.

Pero también podría ser que la propia Elvira fuera la asesina. Esa afición suya de deambular por ahí por las noches podría esconder una vena asesina. Ya sabes, por las noches busca su presa, y una vez la encuentra, digamos, chicos jóvenes que caminan solos de vuelta a casa, les rapta de alguna manera, les lleva hasta su hogar en la zona más pija de Castle Hill, y acaba con su inocente vida de una forma brusca y sanguinolenta.

Con los pelos de los brazos erizados y sintiendo un poco de temor, extendemos la mano hacia la segunda de las puertas, pero, un segundo antes de que logremos asir el pomo de la puerta, esta gira y se aleja de nosotros, descubriendo lo que hay más allá, que es el maltrecho y envejecido cuerpo de Elvira, que pasa junto a nosotros sin percibir que estamos allí. Esto tira por los suelos nuestra teoría de un psicópata que hubiera acabado con la vieja, y observando el lento y pesado caminar de la mujer, y sus viejos, flacos y huesudos brazos, nos cuesta imaginarla como asesina de niños.

La seguimos, mientras ella baja los escalones de uno en uno. Para ella somos invisibles, como para todos los demás en este lugar. Esa es nuestra ventaja como espectadores de la acción, lo que nos permite también mantenernos al margen de los hechos. Es muy importante que comprendas eso, porque cualquier cosa que hagas o que hagamos para cambiar el rumbo de los acontecimientos no surtirá efecto. Ver pero no tocar, esa es la regla, como si fuéramos espectadores de una película en vivo, o estuviéramos en realidad leyendo un buen libro de los que hacen que te imagines las cosas de verdad. Estoy seguro de que a lo largo de tu estancia en Castle Hill verás muchas cosas

que te disgusten pero no podrás cambiar nada de ello. Acéptalo. Es lo único que puedes hacer.

Elvira se dirige hacia la cocina. A pesar de que todo se halla en penumbra, ella no enciende la luz, y sin embargo, sortea todos los obstáculos que pueblan el suelo, como montones de periódicos y revistas. Se dirige a la encimera y abre uno de los armarios. Es notable que aquí, en el piso de abajo, el olor no es tan desagradable. Elvira saca un vaso, y vuelve a girarse hacia donde estamos nosotros. Su rostro surcado de arrugas y pecas está contraído por una mueca de agrio resentimiento y mal humor que ha regido su vida. Lleva los labios estirados en algo que pretende ser una sonrisa, pero que más parece el gesto que el lobo feroz le haría a Caperucita Roja antes de devorarla. Tiene los dientes ennegrecidos, pero, por suerte, sus colmillos son normales, nada que se parezca a lo que esperaríamos del verdadero *Nosferatu*.

Elvira, con el vaso en la mano, empieza a subir de nuevo los escalones. Lo hace subiendo primero el pie izquierdo, después igualando la altura con el pie derecho. Después, el pie izquierdo sube un nuevo escalón, y lo vuelve a igualar con el derecho. No apoya la mano en la barandilla, que, como observamos, está recubierta por una capa de polvo de algo más de un centímetro.

Observamos que su bata es de color azul y tiene varios agujeros. Es el tipo de prenda vieja que solo encontramos en los vertederos. ¿Has estado alguna vez en un vertedero? Yo sí, una vez. A ti, como buen explorador de lugares y acontecimientos increíbles, te hubiera gustado estar. Fue hace un par de años, en un pueblecito llamado Dopek. En el vertedero se escondía un fugitivo de la justicia, y la redada que hicieron para cazarle fue digna de mención. Murieron doce policías, y al final, aquel pobre diablo acabó cayendo también, pero no fue fácil, qué va. Llevaba una herida de bala en el costado derecho y otra en la pierna, y aún así, consiguió desembarazarse de un par de polis. Era un cabrón fuerte, con decirte que medía casi dos metros y era culturista, deberías poder imaginártelo. Trató de esconderse tras un montón de chatarra, pero Lincoln Kired, el brazo derecho del sheriff de Dopek, le vio, y tras acomodarse en una buena posición, acribilló el lugar y a aquel hijo de puta.

Mierda, ¿Has visto qué hora es? Como sigamos a este paso nos vamos a perder la mitad de las cosas emocionantes. Recuerda además que hemos dejado en modo “pause” a Mark y Neville en el desvío hacia el túnel que lleva a Castle Hill. Dejemos a Elvira y su vaso, dejemos el mal olor de este antro, y aún es más, dejemos la zona pija de Castle Hill. Así no acabaremos nunca, no. Si tenemos tiempo, volveremos luego.

2

El sol pega con fuerza tras haber pasado tanto tiempo en la penumbra de la casa. Sin duda recordaba al castillo de un vampiro, tan tétrico y oscuro. Los que le dieron el mote a la señora Tuckson la conocían externamente, pero se reafirmarían si conocieran su vivienda, ¿no crees?

Vamos, el tiempo apremia. Aquella de allí es la calle Winnewood. Como puedes observar, ya empieza a haber gente por las calles. Esos chiquillos que pasean con sus flamantes bicicletas hoy no tienen que pensar en ir al colegio. Su profesor sufre una apendicitis y se encuentra internado en el hospital. Castle Hills no es un lugar muy grande, pero en tan poco tiempo no ha sido posible buscar un sustituto. La señora que les grita desde la puerta del supermercado con las bolsas en las manos es la madre de Dennis Sloat, el comisario. Vive en esta misma calle.

Ese sí que es interesante. El coche azul con el morro abollado que se detiene un poco más allá del cruce con la calle Abraham Lincoln. De él sale un hombre con prominente barriga, calzado con botines de piel y enfundado en un traje hecho a medida. El sombrero que lleva a él le hace sentir más importante. A todos los demás, y entre ellos nos incluimos, nos parece ridículo. ¿Has visto la cámara que lleva colgada al cuello? Se llama Brad Blueman y es un periodista venido a menos, y digo así porque en tiempos fue la estrella del periódico provincial y se le auguraron nuevos y grandiosos destinos, incluso se rumoreaba que era muy posible que algún día llegara a ganar el Pulitzer, porque como aquel, haciendo gala de un enorme sensacionalismo, Brad era capaz de internarse en cualquier sucio agujero en busca de cualquier sucia historia, siempre que fuera carne de

portada. De Brad se decía que era como un ave de rapiña, capaz de oler los hechos a distancia, se presentaba en ellos a toda velocidad y era especialmente voraz a la hora de hacer fotografías, sin que la sangre, el sexo o la moral le echaran hacia atrás.

Pero la jodió.

Como todo buen periodista que se encamina a la cima, Brad perseguía cualquier cosa que pudiera servirle de trampolín a periódicos de tirada nacional o internacional. Ya tenía varios ojos fijados en él, preparados para realizar una buena oferta, cuando Brad encontró lo que él creía que era un filón y que resultó ser un caso que afectó a varios representantes políticos y hundió una operación policial llevada con sumo cuidado y en el mayor de los secretos durante casi cinco años en colaboración con los servicios especiales. Brad fue sometido a un juicio que a punto estuvo de costarle la cárcel. Y cuando todo acabó, nadie requería ya sus servicios, y le costó casi dos años volver a encontrar trabajo dentro del área que a él tanto le gustaba: el periodismo. Lo encontró, si bien se trataba de un periodichucho de tres al cuarto, de tirada local, para un pueblecito del sur de la provincia, el Castle Hill Journal. Brad no lo dudó ni un instante. Aceptó el trabajo, plantó el gorro de empleado de un Mac Donalds que le había servido para sobrevivir mientras buscaba trabajo como periodista, y se mudó a Castle Hill, donde ya todos le conocían y temían.

El hecho de que el Journal fuera un periódico literalmente de mierda no minó los ánimos de nuestro intrépido hombre azul¹, sino más bien todo lo contrario. Brad era un hombre con mucha visión de futuro, y poco a poco, se había ganado la amistad y confianza de su jefe y dueño del periódico, Andy Probst, hasta conseguir libertad de reportaje. Y lo cierto es que sus reportajes tenían la aceptación deseada, y el periódico tenía ya una tirada que alcanzaba varios pueblos cercanos, lo que había obligado, entre otras cosas, a ampliar la plantilla para abarcar más lugares. Y la estrella de todo: el sensacionalista y despiadado Brad Blueman.

La gente esperaba con una mezcla de ansiedad y temor el siguiente artículo de Brad Blueman.

1 Juego de palabras: blueman significa hombre azul.

Que ahora abre las puertas del bar Yucatán y entra, al tiempo que, con gesto desenfadado, se enciende un cigarrillo. No entraremos tras él. Sabemos lo que va a hacer. Tomarse un café con Ozzy, el dueño del bar, mientras espera a que la aguja del reloj marque y media. Ayer la selección mexicana de fútbol ganó por goleada a Argentina en un partido amistoso, por lo que Ozzy, de nombre real Oscar Morales, mexicano de nacimiento, aunque más yanqui en realidad que muchos otros nacidos en el país, estará exultante y ansioso por darle palique deportivo a Blueman. No te preocupes por Brad, volveremos a verle, dalo por seguro. Es una persona con tendencia a meterse en todos los berenjenales, ¿recuerdas? En cierto modo, es como nosotros, le gusta observar los acontecimientos, solo que esta vez, él se va a ver envuelto en ellos, y nosotros seguiremos siendo meros espectadores.

Vamos. Nuestro destino es la plaza en la que desemboca la calle Winnewood. Es la Plaza de la Constitución, el lugar donde los jóvenes quedan por las noches antes de ir de bares o de fiesta o de lo que vayan, el lugar donde se encuentran los juzgados. Aunque llamarlos así es algo presuntuoso. En realidad, se trata de un edificio blanco, de tres pisos, el primero de los cuales es un recibidor enorme, el segundo está lleno de oficinas, y el tercero, es una sala amplia, como si de un salón de actos se tratara, comandado por una tarima y algo semejante a una sala de juicios.

En el pasillo, una mujer llora, rodeada por un grupo de personas que tratan de calmarla mientras ella, con un pañuelo en la mano y limpiándose las mejillas, se sienta nerviosa en un banco, a la espera. Su nombre es Dolores Fletcher y los que la rodean son sus dos hermanas, su padre y una joven de veinte años llamada Carrie Spencer.

También deambula por allí un hombre vestido con un traje verdoso. Es el abogado de Dolores Fletcher, pero no por ello debemos pensar que es ella quien se encuentra en un lío. Nada más lejos de la verdad. Pero fijémonos en el abogado, porque merece la pena. Es un hombre bajito y regordete, con el pelo, aunque escaso, de color blancuzco. Su rostro bonachón está enrojecido, y su sonrisa le hace parecer un osito de peluche. De ahí

que se mantenga siempre tan serio. Lleva un maletín de cuero negro en la mano derecha, y mira al reloj con cierto nerviosismo. La aguja grande está a punto de llegar al seis.

—Tranquilízate, Dolores —está diciendo en esos momentos su hermana Eliza—. Todo va a salir bien, ya lo verás.

Ojalá todo sea así, está pensando el abogado, que se detiene y cruza una mirada con Carrie. La joven parece preocupada y tiene los ojos enrojecidos. Seguramente ha llorado largo y tendido por la noche. El abogado no comprende esa dedicación tan absoluta. Él conoce al hijo de Dolores, y, la verdad, no le extrañó en absoluto enterarse de lo ocurrido —por supuesto, se había enterado, como la mayoría de la población de Castle Hill, por medio de uno de los reportajes firmados por Brad Blueman en el Journal—. De hecho, le costaba imaginar que alguien pudiera amar, o siquiera ser amigo, de alguien como ese chico.

Los ojos de Carrie incomodan al abogado, parecen decirle que más vale que todo salga bien. Pero el abogado no está seguro de que eso pueda ser así. De hecho, si pudiera apostar, lo haría a que el hijo de su cliente se dispone a pasar un tiempo a la sombra. No confía mucho en poder hacer algo, puesto que simplemente luchar contra los antecedentes de Jason Fletcher supone algo casi imposible. Y luchar contra la evidencia de las fotografías de Brad Blueman es algo mucho más que imposible. Por supuesto, Jason dice que él no lo ha hecho. Por supuesto, Carrie asegura que Jason no lo ha hecho, y lo que es más, que él jamás sería capaz de hacer algo así. Por supuesto, Dolores afirma que su pequeño no lo ha hecho y que jamás lo haría.

Pero lo cierto es que ni su propio abogado confía en él. Y Carrie lo sabe. Sabe que ese hombrecillo —Jason siempre se refiere a él como *Papá Pitufito* de forma burlona, lo cual hace reír a Carrie— es como todos los demás. Creen que Jason es malo, porque en realidad no tienen ni puta idea, no le conocen. Carrie también sabe que las cosas están muy difíciles. Se lo ha dicho su madre. Además, ha visto las fotografías en el Journal, y realmente, viéndolas, a ella misma le ha costado no creérselo. Maldito sea Brad Blueman.

Escuchan unos pasos por las escaleras. Las miradas de Carrie, Dolores y del abogado se giran hacia allí. Están subiendo tres

hombres: Rusell T. Dinner, agente de policía local que viene a hacer las veces de testigo del juicio y a vigilar que no ocurra nada incorrecto; el juez Parkinson, cuyo apellido le ha valido más de una burla a sus espaldas, pese a ser un hombre de excelente salud; y un tercer hombre al que ninguno de ellos conoce.

El abogado se acerca hacia el juez y le estrecha la mano, mientras ambos se cruzan palabras de saludo. El juez presenta a Russell, el cual, cortés y educado, agacha un poco la cabeza a modo de saludo. El abogado de Dolores se gira entonces hacia el otro hombre, el que ninguno de ellos conoce.

—Este es Martin King —dice el juez—. Trabaja para la oficina del fiscal.

—El rival —bromea el abogado con una sonrisa en los labios, tratando de parecer simpático. Martin King, el hombre que dentro de quince minutos habrá logrado que condenen a Jason Fletcher a pasar quince años en la cárcel del condado, sonrío y estrecha la mano del abogado.

Todos los allí presentes van entrando en la otra sala, donde se va a celebrar una corta sesión judicial que determinará el futuro de Jason Fletcher. En breve, un guarda jurado hará entrar a Jason por la parte trasera de la sala y le hará sentarse en el banquillo de los acusados. Aún falta su llegada y también la de otra persona clave para la resolución de este juicio, el hombre que sacó las fotografías que han de condenar al joven, el periodista que en estos momentos está abandonando el Yucatán y se acerca hacia la plaza, caminando tranquilamente, despreocupado.

Ya conocemos el resultado del juicio, aunque la verdad, todos ellos lo presuponen tras haber visto las fotografías. No tenemos mucho tiempo, así que, una vez hecha esta visita y conocidas estas gentes, vayámonos. Por las escaleras nos cruzamos con Brad, que camina con el porte que se les intuye a las clases altas. Ya conocemos a Brad, es un hombre con mucha visión de futuro y unos sueños que incluyen mucho dinero y muchos premios en su vitrina particular. Son sueños de grandiosidad.

Mientras abandonamos el edificio escuchamos los gritos de la señora Fletcher en el tercer piso. Maldita sea, tal vez no debiéramos perdernos esto. Volvemos a subir a toda prisa las

escaleras, justo a tiempo de ver a un descompuesto Brad, apoyado contra la pared con una mueca de temor, mientras Dolores le grita mil y un improperios. El agente Dinner sujeta a la mujer, puesto que a su familia le parece perfecto todo lo que la desconsolada mujer está diciendo.

Eh, esta es buena. Está acusando al pobre Brad de haberlo tramado todo para acusar a su retoño. Hombre, Brad es conocido por su falta de escrúpulos y por su afán sensacionalista, pero, la verdad, es dudoso que jamás llegue a hacer algo como inventarse las noticias. No le van ese tipo de cosas. Él solo informa sobre lo que ve, aunque después sea capaz de darle otro tinte.

Cuando Brad se cree a salvo ya de la furia de Dolores, se agacha a recoger su sombrero, pero un momento antes de que lo boga, un pie enfundado en una Reebok negra lo aplasta. Brad siente arder su corazón, pues le gustaba ese sombrero. Siente la furia de quien es atacado sin motivo, y mira hacia arriba. Carrie Spencer le sonríe.

—¡Eh! —protesta Brad, dolido, pero nada más sale de su boca.

Rusell se gira hacia la escena.

—¡Señorita! —exclama, apuntando a Carrie con un dedo—. Señorita, puedo detenerla por eso.

Carrie se gira hacia el agente. En ese momento, el abogado de Dolores ve más que perdido el caso, mientras piensa que Carrie y Jason están hechos el uno para el otro.

—Me conoces de toda la vida, Russell, —responde Carrie, desafiante— y sabes cómo me llamo.

Vemos cómo sube el color a las mejillas del agente Dinner.

—No pasa nada, agente —asegura Brad, recogiendo su maltrecho sombrero y mirándolo con la expresión de quien piensa que sí pasa algo. Sacude el sombrero contra su propio pantalón, pero es imposible, tendrá que llevarlo al tinte, y quién sabe si ni siquiera de esa forma...

—¡Comportémonos como personas adultas, hombre! —exclama Rusell sin dirigirse a nadie en concreto, pero mirando primero a Carrie y después a Dolores.

Ahora sí que podemos irnos. La tempestad ha pasado. Seguramente regresará cuando el juez Parkinson declare culpable a Jason Fletcher del incendio de la granja en la que resultaron

heridas de gravedad dos personas. Seguramente Dolores se echará a llorar mientras su hijo es sacado por la parte trasera. Seguramente Carrie le pondrá la mano en el hombro, mientras los familiares de Dolores tratan de consolarla. Seguramente, el rostro de Jason permanezca imperturbable mientras se lo llevan. No llorará ni gritará que es inocente. ¿Lo es? Eso es algo que desconocemos, pero si algo sabemos de Jason es que no le afectará lo más mínimo la decisión que se va a tomar en el juicio. Cruzará una mirada con Carrie, pero ni siquiera sonreirá. No importará, porque Carrie sí que le sonreirá a él.

3

El sol sigue en lo alto, aunque hay algunas nubes, pero el cielo sigue de un azul casi inmaculado. Hace un buen día para disfrutarlo. Puedes estar seguro de que, si las cosas no estuvieran a punto de convertir Castle Hill en una zona de guerra, hoy sería un día de actividad en el Mirador. Lo de siempre, parejas cogidas de la mano, besuqueándose, tal vez algún polvo.

Ahora, en la Plaza de la Constitución no hay mucho ajeteo. Gente que camina por las aceras, solos o acompañados. Un par de ciclistas, un par de coches. Nada que resalte o llame la atención. Frente a los juzgados está aparcado el coche patrulla de Rusell.

Tomamos la calle Lexington hasta la primera esquina y giramos a la derecha por la calle Westgate. Al fondo tenemos la Glorieta del Rey, y hacia allá nos encaminamos. Al llegar, vemos un enorme autobús verde, frente a la puerta de la pequeña pero encantadora iglesia del pueblo. Está parado en un semáforo y se aleja en dirección Norte cuando esta se pone en verde. Desde aquí podemos ver el quiosco de Stan. De hecho, podemos verle a él, el mismísimo Stan Marshall. Es el hombre de pelo negro y rizado, con un poco de calva incipiente en la zona trasera de la cabeza, que está vendiendo una revista a un chico de quince años. El chiquillo le paga con un billete, y Stan refunfuña. No es que le fastidie tener que dar la vuelta en monedas, ni tampoco el hecho de tener que dar mucha vuelta, pero Stan es así, siempre enfadado, siempre refunfuñando. Probablemente hubiera refunfuñado igualmente si le hubiera dado el precio

exacto. El mal humor de Stan Marshall es un mito para los jóvenes de Castle Hill, y siempre se burlan de él con gruñidos y broncas. Más de una vez Stan Marshall ha corrido tras algún chiquillo que le ha hecho alguna trastada. De hecho, el mismo Jason Fletcher, que ahora debe estar siendo juzgado, le hizo alguna cuando era chico. Son gamberradas que parecen pasar de generación en generación. Digamos que Stan es el objeto de ellas. No debemos pensar que ese es el motivo de su eterno mal humor, por supuesto que no, porque le viene de más antiguo. Tanto que tal vez, para comprenderlo debiéramos adentrarnos tanto en su pasado que necesitaríamos ayuda para salir.

Ya comentamos antes que ni siquiera la mujer de Stan le quería demasiado, pero tampoco eso es el motivo de su mal humor, porque, a decir verdad, él tampoco quería demasiado a su mujer. Para él, solo era una compañera, alguien con la que se había acostado en un par de ocasiones en el pasado, después se habían casado y luego la vida se había convertido en una aburrida rutina que ninguno de ellos soportaba, y sin embargo, estaban tan acomodados que no pensaban cambiarla, así que no lo hicieron, y vivieron sin tocarse, sin casi hablarse ni mirarse, durante un montón de años. No había amor entre ellos, pero no debería resultarnos raro, porque tampoco había amistad. Casi no había trato.

La personalidad de Stan, así como su forma de ocupar el tiempo cuando no está atendiendo el quiosco, es algo que puede eclipsar lo que en realidad tenemos que hacer. Por desgracia, no disponemos de tanto tiempo para conocer a fondo a Stan. Tal vez en otro momento, aunque no podemos prometer nada. Pero nos hemos acercado aquí por una razón, y esa razón se acerca por ahí.

De la calle Gilead emerge un gran coche blanco, de grandes ruedas negras y llantas plateadas. Los cristales son oscuros, de esos que impiden ver el interior. Se acerca rodando a poca velocidad y gira por la rotonda hasta detenerse justo frente al quiosco de Stan. El motor, silencioso como la muerte, se detiene, y un momento después, la puerta trasera se abre lentamente. Del interior surge el aroma del triunfo y del sexo femenino, acompañados de la música tranquila y relajante de Mozart.

Después, un mocasín blanco, al que sigue un pantalón beige, una chaqueta del mismo color, un bastón negro, rematado en una empuñadura plateada con forma de lobo, y un rostro verdaderamente encantador, de facciones amables, enormes ojos verdes y pelo negro peinado hacia atrás. Con la mano que no sujeta el bastón cierra la puerta del coche. Luce una sortija de oro blanco en el dedo anular. Se acerca, caminando con paso relajado, hacia el quiosco. No observamos defecto alguno en su caminar, con lo que presuponemos que no lleva el bastón por necesidad, sino más bien por gusto. De hecho, podemos adivinar que en ese hombre todo es fachada. Tal vez sea tan rico como aparenta, pero sin duda no es tan sofisticado.

—Buenos días, Stan —saluda el hombre, mientras observa las revistas y periódicos expuestos.

—Buenos días, señor Lambert —gruñe Stan.

—¿Cómo te va hoy, Stan?

Stan frunce el ceño. No le gusta que le hagan preguntas. No le gusta que la gente se dirija a él. De hecho, no le gusta el señor Lambert.

—Bien.

—¿Cuenta algo interesante hoy el Journal?

Stan vuelve a fruncir el ceño. No le gusta que le pregunten si tal revista o cual periódico es interesante, él solo quiere venderlo, y si no lo vende, le da igual. Pero no le gusta tener que dar la opinión.

—No lo sé. No lo he leído —responde. Es mentira, porque sí que se lo ha leído, prestando especial interés al reportaje firmado por Blueman.

El señor Lambert asiente lentamente con la cabeza, al tiempo que mete la mano libre en el bolsillo. Es la mano que luce la sortija. Sigue mirando los periódicos. Al final, levanta la mirada hacia Stan.

—¿Dice algo del juicio?

—Que se celebra hoy.

—Entonces, sí que te lo has leído.

Stan vuelve a fruncir el ceño, disgustado consigo mismo por ser tan torpe. Su respuesta a tal afirmación es un gruñido, que el señor Lambert acepta con una sonrisa.

—No te preocupes, Stan. Dame el Journal, me lo llevo.

—Sí, señor —gruñe Stan, arisco.

El señor Lambert extrae varias monedas del bolsillo y las deposita sobre el mostrador. Stan le entrega el periódico y recoge las monedas. El canje ha concluido. Después, Aidan Lambert se da la vuelta y regresa a su coche. Al abrir la puerta, del interior surgen las risas divertidas de al menos un par de mujeres. Después, el coche arranca y se aleja. Aidan Lambert es una personalidad interesante e importante en Castle Hill, y sin duda alguien al que tener en cuenta. Es el dueño de la fábrica papelería, aunque no pasa allí más de una hora al día, para hacer acto de presencia. Nadie sabe de dónde proviene todo el dinero que parece manejar, aunque sí las mujeres. Del mismo sitio de donde provienen las mujeres de todo aquel que quiera pagar por su compañía. Y en Castle Hill solo hay un sitio donde eso sea posible, el burdel de Kest, que recibe su nombre por la calle donde se haya emplazado. No es que sea un burdel propiamente dicho. En realidad es un bar, y se llama Chester, pero es un bar donde los hombres van en busca de compañía femenina de la que se paga. Allí, los hombres se toman una copa mientras miran a las mujeres que hay en la sala. Después, eligen una y pueden optar entre irse con ella a casa o subir a una de las habitaciones. O simplemente, charlar en la barra. Como es obvio, cualquiera de las tres cosas cuesta dinero.

Olvidemos por el momento el bar Chester y su legión de mujeres en venta. Olvidemos también el coche blanco de Aidan Lambert, al que nos cruzaremos más adelante. Olvidemos también a Stan Marshall y sus gruñidos. No te diré que entremos en la iglesia, donde el padre Merrill, te lo aseguro, bebe a escondidas de una botella de vino tinto que guarda al fondo de un cajón mientras se plantea si debería admitir que ha dejado de creer en Dios. O no, porque él quiere creer, pero desde hace tiempo le acucian las dudas. Olvidémonos de él también por el momento. Vayamos hacia el callejón que pasa por detrás de su Iglesia, una callejuela llamada Rose Street en los mapas.

Rose Street, también conocida como El callejón de la Rosa, pasa por detrás de la Iglesia y llega hasta Counton Street. En El callejón de la Rosa hay varios contenedores de basura que

almacenan los residuos de las casas cercanas y de los dos bares que se encuentran en la Glorieta del Rey. El padre Merrill interpuso en una ocasión una queja ante el alcalde, quejándose de que su vicaría se veía azotada por el olor a basura proveniente del callejón. Ya sabes cómo son estas cosas. *Ya lo solucionaremos, padre*. Y, si te he visto, no me acuerdo.

El muro que se encuentra frente a la Iglesia está lleno de pintadas. Si nos acercamos, podemos leer algunas de ellas. *Aquí estuvo tu puta madre* dice una en letras rojas. No es un prodigio de inventiva. *No hay arena bajo los adoquines* dice otra, en letras azules. Ínfulas de revolución. *La muerte os espera a todos* está pintada en letras negras junto a un símbolo nazi, la de sobra conocida esvástica que alguien se ha ocupado de tachar después, aunque sigue viéndose. Fue pintada por un joven llamado Keith Ward. Aún sigue lleno de ideas radicales y de odio contra la sociedad y contra todo. Es un chico problemático. Está internado en la misma prisión donde enviarían a Jason Fletcher esta misma noche si no fuera porque algo va a ocurrir en Castle Hill. Hace año y medio que Keith violó a una joven en el Mirador, tras darle una paliza al novio de esta. Keith estaba borracho y acompañado de sus amiguetes. Fue un hecho que conmocionó a los habitantes del pacífico Castle Hill –pacífico salvo en contadas ocasiones y que fue seguido con gran pericia periodística por nuestro de sobras conocido Brad Blueman en el Journal. Ese fue el artículo que sirvió para que el Journal se extendiera por un par de pueblos de la provincia más.

Dejemos ya el callejón de La Rosa y tomemos la Calle Gilead. Hay que ver que rápido pasa el tiempo. Ya casi es mediodía. A estas horas, el juez Parkinson ya habrá dictado su sentencia allá en los juzgados. Nos es inevitable preguntarnos qué estará haciendo Elvira *Nosferatu* Tuckson en su maloliente y desvencijado hogar, pero no hay tiempo para perderlo en preguntas que no tienen solución. Nos dirigimos a la comisaría. Si nos damos prisa, tal vez podamos terminar esta pequeña visita turística antes de que todo empiece a ir mal en Castle Hill.

Pero antes de eso, tal vez querrías echar un vistazo al pequeño polideportivo del pueblo. En él, en estos momentos, Patricia Probst está a punto de comenzar la clase de natación para niños

que imparte dos veces por semana. Patricia Probst es, como puedes imaginar, la hermana de Andy Probst, el dueño del periódico para el que trabaja el intrépido Brad Blueman. Patricia tiene treinta y dos años y la apariencia de una adolescente. De ojos azules, larga melena rubia que lleva en una trenza la mayoría de los días, cara de eterna niña, con numerosas pecas en las mejillas y frente, en bikini es una mujer que llama la atención. Tal vez un poco ancha de caderas y demasiado baja, pero nada desmesurado.

Patricia siempre ha sido una amante de los niños. Le encantan esas horas semanales que pasa con los críos en la piscina. Ahora está sentada junto a la piscina, en una silla de plástico blanco, ayudando a Ben Wade, un chico de seis años con cara de pillo y ojos verdes, a ponerse los manguitos. Ben Wade ni siquiera se acerca a menos de dos metros de la piscina si no tiene puestos los manguitos.

Patricia le revuelve el pelo, y el niño sonríe, ansioso por entrar al agua pero observando con expresión preocupada como Patricia le coloca el segundo de los manguitos.

—Hecho. Ahora ya flotas.

—¿Puedo esperar en el agua hasta que lleguen los demás?

Patricia sonríe y asiente con la cabeza. El resto de niños ya están llegando, ha visto a alguno entrando en el vestuario para cambiarse. Ben Wade corre hacia las escaleras para meterse al agua.

Sigamos con nuestro camino. Nos dirigíamos a la comisaría. Desde el polideportivo es un paseo de poco más de diez minutos, pero nosotros podemos ahorrárnoslo.

Es ese edificio de forma rectangular y color gris, el del enorme aparcamiento. A medida que nos vamos acercando, vemos que solo hay tres coches aparcados, y ninguno de ellos tiene algún distintivo especial. Las puertas de la comisaría son de madera marrón, y tienen un pequeño cristal en la parte superior, donde unas letras pintadas en blanco repiten lo que ya sabemos: comisaría.

Nada más cruzar la puerta nos encontramos con un vestíbulo que parece la sala de espera de un hospital, tal vez de ese hospital donde está internado el profesor que sufre de apendicitis. Pero no, esto es una comisaría, y lo vienen a demostrar

los carteles que adornan las paredes, llenos de fotografías de policías y de lemas como “*Velamos por su seguridad*”.

Frente a la puerta, hay un mostrador protegido por una mampara de cristal. Tras él, una mujer de mediana edad pero con una sonrisa hermosa y perfecta, de esas que podrían enamorar a cualquiera, y vestida con el uniforme de la policía local. Según la placa que luce sobre uno de sus redondos pechos, su nombre es Zoe. En el momento en que nosotros entramos, está leyendo un reportaje en el *Journal*, aunque no se trata del firmado por *hombre azul*, sino uno sobre la liga de baseball juvenil, donde el sobrino de Zoe participa. No levanta la mirada hacia nosotros, ni se percata de que hemos entrado. Tampoco podría hacerlo.

Hay una puerta en la parte derecha y la cruzamos sin que nadie más que nosotros lo advierta. Al otro lado, una sala amplia, con varias mesas cubiertas de papeles y demás parafernalia. Hay dos personas en la sala. Una de ellas es el comisario Dennis Sloat, un hombre maduro, de casi cincuenta años, con un bigote muy poblado y un bonito pelo negro brillante. Está sentado en su mesa, con los pies apoyados en ella. Cerca de él, de pie y con una taza de humeante café en la mano, Patrick Flanagan, otro de los agentes, algo más joven que Dennis y también más atractivo.

—Los jodidos Lakers han vuelto a perder —murmura Patric—. Ayer aposté por ellos.

—Eso te pasa por apostar.

Se trata de una conversación a la que hemos pillado por la parte final. No es muy importante. Sobre la mesa de Dennis hay, como objeto más significativo, una fotografía enmarcada de su mujer e hijo, ambos sonrientes y semejando la familia feliz que puede que sean y puede que no. Tampoco nos importa, pero por si quieres saberlo, tanto la mujer como el hijo de Dennis Sloat morirán al principio de la oleada de terror que se extenderá por el pueblo como lo hace cualquier epidemia, equitativamente. El teléfono suena en el vestíbulo, pero Dennis y Patrick siguen ahí, quietos, comentando el último partido de los Lakers. Un momento después, el teléfono que hay sobre la mesa de Dennis empieza a sonar. Con gesto amargo, el comisario de Castle Hill lo coge y se lo lleva al rostro.

—¿Sí?

—Jefe, soy Rusell.

—¿Cómo ha ido el juicio?

—Culpable, claro.

—Ajá. ¿Te encargas tú de llevarle?

—Claro jefe, saldremos en un rato.

—Perfecto. Llámame cuando ese hijo de puta esté entre rejas.

Dennis Sloat no tiene mucha consideración por el hijo de Dolores Fletcher. Tampoco es de extrañar. Desde que Jason Fletcher tuvo diez años, Dennis Sloat le ha detenido por tantas cosas menores que no tiene dedos suficientes en la mano para contarlas todas. Detesta a Jason. Piensa que es un tumor cancerígeno al que habría que extirpar del pueblo. Y el maldito incendio ha sido la gota que colmó el vaso. Jason irá a prisión, y Dennis no tiene la menor duda de que eso será bueno para el pueblo.

Dennis cuelga el teléfono y mira a Patrick, que sigue sorbiendo su café, mientras mira por una ventana el cielo azul que se extiende sobre sus cabezas. Hay pocas nubes, pero una de ellas tiene forma de tortuga. A Neville le habría encantado, eso te lo aseguro.

—¿Culpable? —pregunta.

—Pues claro. Estaba bastante cantado.

—¿Cómo están los Meyer?

Los Meyer son la pareja que resultó herida en el incendio presuntamente iniciado por Jason Fletcher. Ninguno de ellos fue capaz de identificar al causante del desastre, menos aún la señora Meyer, cuyas heridas eran de mayor gravedad. Sin embargo, Blueman, que se encontraba cerca del lugar cuando vio el fuego, se había acercado con intención de realizar unas fotografías, y lo que había encontrado le había hecho sonreír — podemos imaginar con facilidad la gorda cara del afanado periodista, sonriendo babeante por saber que lo que tiene entre manos es algo de altura —. Por supuesto que había hecho fotografías, unas imágenes que habían recorrido media provincia como portada del Journal y que incluso se habían vendido a periódicos de mayor envergadura. Sí, Brad tenía razones para estar contento, su nombre volvía a sonar fuera de los límites de Castle Hill.

Aquellas fotografías comprometían al hijo de Dolores Fletcher como culpable del incendio. Se le veía por los alrededores de la granja en llamas, sujetando una botella de la que sobresalía, a modo de cóctel molotov, un pequeño trapo húmedo. La segunda de las fotografías mostraba a Jason Fletcher guardando dicha botella en la mochila que siempre llevaba en su moto de carreras. En la tercera de las fotografías podía verse alejándose en su moto. Esta era la fotografía más reveladora, ya que se apreciaba, en el mismo plano, la casa en llamas y la moto alejándose.

Brad se había mantenido oculto tras unos arbustos, intentando permanecer fuera de la vista de Jason Fletcher. Lo había conseguido. Una vez se hubo ido el joven, Brad había corrido hacia su coche, donde había dejado, en el asiento del copiloto, junto a su americana, el teléfono móvil. Había marcado el número de la policía, puedes estar seguro de que fue Zoe quien contestó al teléfono, y tras hablar con ella atropelladamente, Zoe le pasó con Dennis Sloat, al cual le había contado que se estaba produciendo un incendio en la granja de los Meyer.

Tras haber cumplido con su deber como ciudadano – Brad desconocía que pudiera haber gente en el interior de la granja, de haberlo sabido, podríamos apostar a que hubiera entrado armado con su cámara fotográfica dispuesto a realizar unas cuantas instantáneas de lo más llamativo – nuestro hombre había sacado un par de fotografías del incendio, y después, había vuelto a montar en el coche y había arrancado. Abandonó la escena antes de la llegada de bomberos o policías movido por una urgente necesidad de revelar el carrete.

Que no te extrañe. Más de una y de dos y de tres personas habían tratado de convencerle de la efectividad de la tecnología y la sencillez de las cámaras digitales, pero todos habían obtenido la misma respuesta de Brad Blueman: un gruñido.

Dennis se había acercado por su casa esa misma noche. Su rostro estaba surcado por el agotamiento y se había derrumbado en el sillón de Brad, el cual había torcido el gesto pero había mantenido la boca cerrada. El motivo de ello era el hollín y la suciedad del traje del comisario. Habían hablado un poco del tiempo, de los Bulls y de un par de cosas sin importancia.

Entonces, el comisario le había informado acerca de los dos heridos, y los oídos de Brad se habían abierto de par en par.

Por supuesto, le había enseñado a Dennis las fotografías, recién reveladas y ya enviadas a la imprenta del Journal vía fax. Lo contrario hubiera sido ocultación de pruebas. Mientras el comisario miraba las fotografías, con cara de preocupación, Brad se había levantado, había garabateado algo en una hoja y la había enviado por fax al Journal. Se trataba de un par de indicaciones: dos heridos en el incendio, los Meyer, ella grave, fuente: comisario.

Después, Dennis había abandonado la casa de Brad, llevándose una de las fotografías como prueba. Sentía el corazón desbocado en su pecho. Se había metido en el coche patrulla y respirado hondo, tratando de calmarse. Después, había cogido la radio y llamado:

—Aquí Dennis, ¿Quién me oye?

Habían tardado un poco en contestar, por lo que Dennis había repetido su mensaje una vez más.

—Estoy aquí, jefe —era la voz de Ken Jackson, el agente que ocupaba el turno de noche la mayoría de los días, y lo hacía por gusto, que estaba en el servicio.

—Escúchame, Ken. Tenemos un sospechoso para el incendio de esta tarde. Coge el coche patrulla y dirígete, sin encender la sirena, a la calle Winewood, a la altura de la plaza de la Constitución. Nos encontraremos allí.

—¿De quién se trata, jefe?

—Jason Fletcher.

—Joder.

Ya te he dicho que esto es un pueblo pequeño y la gente se conoce. Si además eres lo que podríamos definir como “chico problemático”, entonces puedes estar seguro de que todo el pueblo sabrá quién eres. Sin excepción.

Dennis había arrancado el coche. No deberíamos olvidarnos de nuestro querido Brad Bluman. En cuanto Dennis había abandonado su casa, Brad se había calzado unas deportivas, había cogido su cámara, que ya estaba cargada con un nuevo carrete, y había bajado corriendo las escaleras que le separaban de la calle. Sabía donde vivía el joven Fletcher, y hacia allí se dirigía, cámara en mano, dispuesto a sacar alguna fotografía

de la detención. Había salido a la calle en el momento en que Dennis arrancaba el coche patrulla, y ambos se habían quedado mirándose. Dennis había bajado el cristal de la ventanilla.

—¿A dónde coño vas a estas horas?

—Al mismo sitio que tú, Dennis.

Dennis había suspirado y chasqueado la lengua. Después, con un gesto de resignación, se había encogido de hombros.

—Supongo que no puedo hacer nada por evitarlo. Sube.

Y Brad, por supuesto, había subido al coche patrulla. Dennis había arrancado y tomado la calle Winnewood en dirección a la Plaza de la Constitución. Brad, en el asiento del copiloto, se restregaba las manos una y otra vez contra el pantalón.

—Te quedarás en segunda línea —advirtió Dennis.

—Puedes estar tranquilo —aseguró Brad, que, por supuesto, se quedó en segunda línea y sacó un montón de jugosas fotos.

4

El teléfono vuelve a sonar en la comisaría. Ejerciendo con su labor de secretaria, Zoe coge el teléfono y pregunta. Parece aburrida y ha estado garabateando sobre un crucigrama que se veía incapaz de resolver. Científico ruso de nueve letras. Ciudad española que empieza por ese y con una uve en la tercera letra. Rey visigodo, siete letras.

La voz al otro lado del teléfono parece nerviosa y el rostro de Zoe muestra su perplejidad ante lo que está escuchando. Murmura unas palabras al aparato, se levanta de la silla y cruza una puerta hacia la sala de trabajo. Dennis y Patrick siguen tomando café y charlando amistosamente.

—Dennis.

Su voz hace que ambos se pongan de pie y miren hacia ella asustados y expectantes. Ella trata de calmarse y sonríe. Es una sonrisa demasiado forzada, y sabe de sobra que ellos se han percatado de que pasa algo grave.

—Ha habido un accidente.

Dennis resopla, aliviado. No es que le gusten los accidentes, pero se había imaginado algo peor y bastante más terrible al oír la voz de Zoe.

—¿Dónde? —pregunta Patrick, cogiendo su cinturón y empezando a ponérselo.

—En el túnel.

—¿En el túnel? —pregunta Dennis. Por dentro, una parte de sí está gritando “mierda”. Vuelve a resoplar—. Bien, vamos para allá. ¿Cómo de grave?

—Un camión y cuatro turistas.

Dennis asiente, al tiempo que se pasa las manos por la cabeza.

—Bien. Localiza a Duck y dile que vaya para allá. No le digas nada a Rusell a menos que la cosa vaya a peor.

Zoe asiente y vuelve a cruzar su mostrador. Patrick y Dennis giran por el pasillo lateral y corren hacia las escaleras que llevan al garaje de la comisaría. Y ya va siendo hora de continuar nuestra pequeña visita turística por Castle Hill. Supongo que habrás ido quedándote con todo. Es importante que así sea, porque las cosas aquí van a cambiar pronto. De momento, salgamos de la comisaría, y prosigamos nuestro tour de instituciones públicas.

El cuartel de bomberos se encuentra en la calle Abraham Lincoln, esquina con la calle Kest, y es una maravilla arquitectónica que luce en la entrada una placa declarando el edificio como de interés turístico. El arquitecto que lo diseñó era en realidad una mujer, y sin duda hizo un gran trabajo. Pintado en colores vivos por fuera, lleno de columnas y arcos, y rematado en una gran cúpula, cualquiera diría que se trata de un museo, pero jamás de un cuartel de bomberos. Pero así es, y el por qué habría que preguntárselo al alcalde de Castle Hill.

La puerta metálica está levantada, por lo que se ve el rojo camión de bomberos que descansa en el garaje. Entramos por allí, e inmediatamente notamos la tranquilidad con que se vive en ese lugar. Echada en un camastro, con los brazos bajo la cabeza descansa Verónica Buscemi, una hermosa mujer de impresionantes ojos verdes, de sobrecogedora belleza, con un cuerpo digno de cualquier supermodelo – de hecho, Verónica es una mujer que, por su profesión, mantiene siempre una buena forma física – y un hermoso cabello color fuego. Y como nos cuesta imaginar que esta mujer no encienda pasiones entre los

hombres – realmente lo hace, y no nos extraña – nos preguntamos cómo puede dedicarse a una profesión como esa.

Cerca de ella, sentado en una cómoda silla, se encuentra el otro bombero de servicio, un hombre cercano a los cuarenta, bastante más musculoso que Verónica, con una cicatriz en la mejilla derecha.

Ambos acudieron a la llamada de Dennis Sloat por un incendio en la granja de los Meyer. Terence, que así se llama él, fue quien cruzó, hacha en mano, la puerta en llamas para rescatar a la pareja del fuego mientras, en el exterior, Verónica apuntaba la manguera y el chorro de agua contra las llamas.

Pero por ahora es simplemente un día más para ellos, un día dentro de la rutina de no hacer nada, o como mucho acudir a alguna clase de accidente doméstico. Terence, sentado en la silla, no puede evitar mirar los pechos de Verónica, que suben y bajan acompasados a la respiración de la mujer, debajo de la camiseta roja y con el anagrama de los bomberos que lleva. Conoce esos pechos de memoria, de hecho, puede contarse entre los pocos que los han saboreado, porque se ha acostado con ella en más de una ocasión. Y sin embargo, ella no le deja entrar en su vida.

—Donde tengas la olla no metas la olla— era su manera de decirle a él que no quería líos en el trabajo. Él siempre le decía que ya tenían un lío, que se habían acostado juntos y por tanto, ya habían metido la olla (y nunca mejor dicho), pero ella se limitaba a sonreír – y podemos estar seguros de que verla sonreír mientras está desnuda y tumbada en la cama tiene que suponer un enorme placer – le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano y se levantaba para comenzar a vestirse.

—Cariño, esto no significa nada. Todo aquello carcomía a Terence, porque para él sí significaba algo. Él estaba dispuesto a pasar toda su vida con una mujer de tal magnitud, tan impresionante como ella, pero ella se limitaba a sonreír, le guiñaba el ojo y le impedía acercarse a ella más de lo necesario. Después, en el trabajo, ella se comportaba como si nada hubiera ocurrido.

Terence se levanta en ese instante y se acerca al camión. Vemos como Verónica abre un ojo y le mira. De hecho, admira su prieto trasero. Terence abre la puerta del camión y sube. Verónica

vuelve a cerrar el ojo. Sin duda es una mujer preciosa, y no nos extraña lo más mínimo que Terence, como muchos otros hombres, esté enamorado de ella. Al menos, Terence conoce la suerte de haberse acostado con ella.

Podría pasar horas enumerando la enorme cantidad de gente que ha intentado ligar con Verónica, pero no tenemos tanto tiempo. Son muchos. Y muy pocos lo han conseguido. Cuando tengamos ocasión de ver a Dennis Sloat y a Verónica juntos en el mismo espacio, fíjate bien en la actitud de él. Jamás la mirará a los ojos. Probablemente, Verónica es la única persona del mundo que hace que Dennis Sloat se sienta tan jodidamente incómodo, en palabras de Mark Gondry. Ella le rechazó hace unos años, después de que él le declarara su amor.

El teléfono suena. Sabemos quien es. Podemos imaginarlo habiendo asistido a la última llamada recibida en la comisaría. Verónica se levanta y corre hacia el teléfono, que descuelga al tercer timbrazo. Hemos acertado, es Zoe. Dennis acaba de pedir la ayuda de los bomberos en un accidente grave en el túnel de entrada a Castle Hill. Cuando Verónica cuelga, ya no parece la misma mujer. Ahora está concentrada en su trabajo. Y ante todo, ella es una buena bombero. De un grito, le explica a Terence que tienen que irse, y que es urgente.

Salimos del cuartel de bomberos. El tiempo apremia. De hecho, hemos ido más lentos de lo que deberíamos, así que tendremos que dejar muchas cosas, muchos lugares interesantes y gente por conocer. Sin embargo, aún nos da tiempo a visitar al menos un sitio más: el bar Chester, también conocido como el burdel de Kent. Está aquí al lado, un poco al sur, cerca de la zona pija de Castle Hill – nos preguntamos qué será de la señora Tuckson –. Es aquel bar cuya puerta tiene un letrero luminoso y parpadeante. Al menos, era luminoso y parpadeaba cuando las luces funcionaban. Hoy, solo la eme de Chester luce en un rosado color, pero no parpadea.

La puerta del lugar es como la de cualquier casa, sin marcas distintivas. La atravesamos, y el olor a Whisky, Ron, sudor y sexo nos golpea como un huracán en el rostro. El ambiente está oscurecido, dotado de un tono rojizo y azulado. Tras la barra está el dueño del lugar, un hombre musculoso, calvo y con cara

de asesino al que todos llaman Bulldog y del que nadie, salvo contadas personas, conoce su verdadero nombre.

No me detendré a intentar explicarte cuántos millones de veces se ha pedido el cierre del Chester, calificándolo de antro de perdición, lugar impuro y ese tipo de cosas. Sobre todo las mujeres, claro. A demasiados hombres les gusta que el Chester esté por allí, por si necesitan desfogarse. Aunque muy pocos admitan que lo visitan de cuando en cuando.

Si Bulldog hablara...

Pero el Chester se mantiene, año tras año, con licencia de bar de copas y aunque todos saben lo que sucede tras sus puertas. Ya sabes, este es un pueblo pequeño, todos se conocen, y Bulldog conoce al alcalde de Castle Hill. Y al alcalde de este pequeño pueblo le encantan los sobres marrones que Bulldog le hace llegar religiosamente cada mes. Ya puedes imaginarte...

Hay una zona llena de sillones donde el ambiente es más oscuro. Ahora mismo, podemos ver allí a tres mujeres, dos de ellas claramente extranjeras, y todas vestidas – o desvestidas – de forma provocativa. No hay ningún hombre. Que no te extrañe. Apenas es mediodía de un día cualquiera entre semana. Cerca de la barra, al fondo del bar, hay una puerta negra que conduce a los pisos superiores, donde aquellos que no pueden permitirse el lujo de ir a casa, o los que no pueden aguantar las ganas, suben a montárselo con las señoritas. Ahora mismo, de esa puerta está saliendo una señora teñida de rubia, algo entradilla en carnes, que va vestida con un pequeño camisón que tiene un gran escote. Se acerca a la barra, y nosotros lo hacemos también para poder oírla por encima de la música de John Denver, al que todos recordamos por cantar buenas canciones country y morir en un accidente de avión. Que no se te ocurra hablar mal del jodido John Denver, o tendremos un problema.

—Bulldog, ¿Puedes ponerme a tono?

—¿Martini? —pregunta, aburrido, el hombre calvo y fortachón del otro lado de la barra. Ella asiente, así que él se dispone a servirle lo que le ha pedido.

—¿Cómo fue ayer?

—Estuvo bien. He visto días mejores, pero bien.

—Ayer estuve con un cliente que estaba tan nervioso que ni se le levantaba. Creo que no era del pueblo.

Bulldog estira los labios en algo semejante a una sonrisa.

—Era un casado —continúa ella— supongo que era la primera vez que iba de putas y le entró remordimientos. Sin embargo, bastó que se la cogiera entre las manos para que se olvidara de su mujer, de sus hijos, de su perro y de su trabajo allá donde lo tenga y si lo tiene.

—Candy dice que estuviste hasta tarde.

La otra mujer levanta la mano con todos los dedos extendidos y sonríe. Bulldog también sonríe, al tiempo que le entrega el vaso cargado de Martini.

—Cinco veces. El tipo era un incansable.

—Y tenía dinero.

La mujer asiente. Le da un trago al Martini mientras rebusca entre sus pechos, de donde un momento después extrae un fajo de billetes que entrega a Bulldog. Este los mira con una sonrisa y asiente. La mujer le da otro trago al licor, le guiña un ojo al hombre, y se retira por donde ha venido.

Mientras Bulldog guarda el dinero en la caja registradora, la puerta del local se abre, dejando entrar por un momento la luz solar, y aparece un hombre de cuarenta y tantos, pelo largo, sucio y descuidado, barba de varios días, y vestido con una camisa azul que contrasta con el resto de su aspecto. Se trata del conocido y reputado, si es que se puede tener tal reputación, borracho del pueblo: Richard Jewel, mecánico en el taller de Wayne, ebrio el resto del día y de la noche. Es un viejo conocido en los calabozos de la comisaría. Digamos que ha dormido en ellos en más de una ocasión. Y nosotros también le conocemos, claro, ya te he hablado de él. Es el hombre que, contando con veinte años, desvirgó y embarazó, aunque nunca lo ha sabido, a Francine Newcomb, allá en el Mirador.

También es un viejo conocido y asiduo del burdel de Kent. Podría pensarse que, por su condición de borracho, las chicas, así como el mismo Bulldog, le harían ascos y desprecios, pero nada más lejos de la realidad. Para Bulldog, Richard Jewel es una fuente de ingresos enorme. Para las chicas, Jewel es uno de los hombres más caballerosos del mundo, pues se comporta

con ellas, las trata bien, la mayoría de las veces solo quiere conversación, y, cuando quiere sexo, lo hace de forma cuidadosa y respetuosa.

Si nos estamos preguntando cómo lo pasó Francine Newcomb con él hace veintitrés años en el Mirador... bueno, con ella también fue cuidadoso, así que a ella no le dolió en exceso. Tampoco lo disfrutó, pero, joder, era su primera vez y no se le puede pedir peras al olmo.

Una de las chicas que se encontraba en los sillones, una mulata de bastante buen ver, se está acercando a la barra al tiempo que lo hace Richard Jewel. Se encuentran allí, y Richard le sonríe a la mujer. Ella le da un sonoro beso en la mejilla.

—Buenos días, amorcito —le dice ella.

—Hola Zambia, ¿qué tal pasaste la noche?

—Algo triste porque tú no estabas.

Richard sonríe, al tiempo que se gira hacia Bulldog, que ya se encuentra frente a él y le estrecha la mano.

—¿Qué va a ser hoy, Richie?

—Vamos a empezar con una cerveza —le responde, y se gira hacia Zambia, que ya ha tomado asiento junto a él—. ¿Qué quieres tú?

—Me tomaré un Whisky.

Bulldog asiente y se aleja para servir la bebida. Richard se gira en el taburete y mira hacia las dos chicas que se han quedado en los sillones. Las saluda con la mano, y ellas le devuelven el saludo. Después, mira a Zambia.

—¿Alguien conocido ayer?

—No, amorcito, ayer un par de turistas con ganas de juerga. Pasaban por aquí.

—Y se dejaron caer. ¿Buena gente?

—Me trataron bien, sí.

—Eso es importante. Hoy he tenido un día asqueroso.

—¿Por qué?

—Ese capullo de Wayne...

Antes de que el afamado señor Jewel empiece a despotricar en serio contra su jefe en el taller, salgamos del Chester porque se nos acaba el tiempo, y tenemos que estar en los juzgados de la plaza la Constitución si no queremos perdernos parte de los

acontecimientos. La visita por Castle Hill ha concluido. Después de todo, hemos conocido suficientes lugares y personas interesantes por el momento.

Vamos. Bajamos la calle Sutter a todo correr hasta Baker Road. Desde este cruce se ve, en la colina que lleva al mirador, la casa de *Nosferatu* Tuckson, pero no tenemos tiempo de regresar ahora a ella. Giramos por Baker Road en dirección Norte y alcanzamos la que probablemente sea la calle más larga del lugar, la única con nombre presidencial, la calle Abraham Lincoln. Bajamos hasta la calle Winnewood y giramos de nuevo hacia el Norte. Al pasar junto al Yucatán, giramos la cabeza hacia su interior, esperando ver algún viejo conocido, pero de entre los parroquianos solo reconocemos a Ozzy, su honrado y siempre atento dueño. En el cruce con la calle Westgate, un coche nos hace detenernos. Tras el volante está una mujer a la que conocemos pero aún no habíamos visto. No tenemos tiempo para detenernos a examinarla con atención, pero ella es Francine Newcomb. Seguimos adelante y llegamos a la plaza de la Constitución. Frente a los juzgados sigue aparcado el coche patrulla de Rusell T. Dinner. Junto a él, de pie y cámara en mano, el intrépido reportero del Journal. Al otro lado, la mismísima Carrie Spencer. No hay ni rastro de Dolores ni sus familiares, y es que la mujer, al enterarse de que iban a encerrar a su pequeño, ha sufrido un ataque de ansiedad y se la han llevado a casa.

Las puertas del juzgado se abren y sale Rusell, caminando como si fuera el vaquero de alguna película del Oeste, con los pulgares hundidos en el cinturón y la mirada altiva. Tras él, con las manos esposadas, el joven Jason Fletcher, al que por fin tenemos ocasión de conocer, seguido de un guarda jurado. Jason lleva unas botas negras, de motero, bastante desgastadas, y unos pantalones vaqueros de color negro, también muy gastados y manchados de polvo. Luce una camiseta con el logotipo de los Rolling Stones bajo el que se lee *Sympathy for the devil* y, sobre ella, una cazadora de cuero negra, también sucia y desgastada. Lleva la cabeza baja, parece ir mascando chicle, y lleva el pelo recogido en una desorganizada coleta. Alza la voz al oír su nombre en la boca de Carrie. Ella se está acercando a él y, mientras, Brad está sacando fotografías.

Rusell se gira hacia Carrie para impedirle que se acerque al detenido, pero ella le lanza un manotazo y, finalmente, él se encoge de hombros. Carrie abraza a Jason, que le da un beso suave en la mejilla. Carrie está llorando, y Jason, al que empuja el guardia jurado para que avance hacia el coche patrulla, le dice palabras de consuelo al oído. Brad sigue tomando fotografías.

En el momento en que alcanzan el coche, Rusell se gira hacia ellos y, cogiendo suavemente a Carrie de los hombros, la insta a apartarse. Ella le da un rápido beso en los labios a Jason, que le sonríe mientras Rusell le empuja ligeramente para que se meta en el coche patrulla. Después, cierra la puerta.

Carrie apoya su mano en el cristal. Jason apoya la frente. Ambos se miran, y es evidente que entre ellos hay mucho más que amistad. Hay amor. Hay complicidad. Hay muchas cosas. Rusell se monta en el asiento del conductor, separado del de Jason por una especie de verja metálica. Brad sigue tomando fotografías de la pareja. El coche arranca y empieza a moverse. Una sola lágrima resbala del ojo derecho de Carrie, y Jason le guiña el ojo. Justo entonces, Carrie se gira hacia Brad y le da un empujón.

—¡Quítate del medio, maldito entrometido de mierda! —le grita, y Brad da un par de pasos nerviosos y rápidos hacia atrás.

Nos encantaría quedarnos a ver el enfrentamiento verbal que se adivina entre ambos – sobre todo en Carrie, porque seguro que Brad es casi incapaz de responder – pero tenemos que irnos con Rusell y Jason, así que corremos y nos sentamos junto a Jason en el asiento trasero.

Jason tiene la mirada en sus rodillas. Rusell está conduciendo, pero dirige un par de miradas a través del espejo retrovisor al joven que lleva en el asiento de atrás. Parece pensárselo un poco, mientras está detenido en un semáforo pero, finalmente, reúne el valor necesario y lanza la pregunta que está deseando hacer.

—¿Por qué lo hiciste, chaval?

Jason eleva la cabeza un poco, solo lo necesario para poder mirar el reflejo de Rusell en el espejo. En su mirada podríamos encontrar algunas cosas, pero ninguna de ellas es miedo. Da la sensación de que este chico no conoce siquiera el miedo. Jason

no tiene apego a casi nada, de hecho, le tiene apego a su moto, a su madre, a su novia y no precisamente en ese orden. Muchos temen a Jason Fletcher, sobre todo la gente de su edad, pero él no teme a nada.

—¿No me oyes? ¿Te crees muy duro por quemar una granja?

Jason suspira y vuelve a bajar la vista. Nunca ha sido un chico muy hablador, salvo que sea necesario o que esté con Carrie. Entre ambos hay una especie de conexión, y no se trata de nada sobrenatural, sino de algo físico y terrenal. Entre ambos hay química. Los padres de ella le odian, pero a ella no le importa. Y a él, aún menos.

—Te refugias bajo esa máscara de dureza y no eres más que un niñoato gamberro de mierda.

—Y tú te refugias tras esa máscara de John Wayne y no eres más que un policía de mierda que no ha logrado salir de este pueblucho.

La voz de Jason, grave y firme, es una voz armónica y hermosa, que contrasta con su forma de ser y su apariencia. No ha levantado la vista para decirlo, pero a Rusell le ha llegado claramente, y su rostro ha reflejado perplejidad. De hecho, Rusell tarda unos segundos en reaccionar, pero cuando lo hace, el rostro se le enrojece de rabia y aprieta los dientes.

—Me encantaría darte una paliza para que aprendieras, así que no me tientes.

—Me encantaría ver cómo lo intentas.

El tono de Jason implica un desafío que Rusell no ha oído nunca y que le hace encogerse un poco en su actitud y darse cuenta de que tal vez no está tratando con el niñoato engreído que creía. En realidad, Rusell es un policía de mierda que, pese a haberlo deseado durante toda su vida, no ha conseguido salir de Castle Hill, y en realidad, Rusell es una persona que jamás ha pegado a nadie, y no por falta de oportunidad, sino por cobardía. Pero Rusell nunca ha sido un idiota y no piensa quedar como tal cayendo en el insulto fácil. Sin embargo, ese repentino desafío lanzado por el enigmático Jason Fletcher le ha dejado sin palabras, y lo único que le viene a la mente son diferentes tipos de insulto. Tiene que morderse un labio para que no se le escape ninguno.

Con un gesto de enfado, aprieta un botón de la radio, y esta se enciende. La voz del presentador anuncia la canción que va a sonar como de estilo minimalista. Rusell se pregunta qué demonios quiere decir eso y cambia de emisora. No le gustan todas esas paranoias. Logra sintonizar una cadena en la que suena el *Bohemian Rhapsody* de Queen. Galileo, Galileo, Fígaro, Magnífico. Ya sabes.

En el asiento trasero, Jason gira la cabeza y mira tras la ventanilla. En el cielo, un pájaro de gran tamaño planea cerca de una bandada de gorriones que parecen huir de él. Jason gira la cabeza y mira al frente. Ahora Rusell está demasiado concentrado en la carretera y en la conducción – parece ir tarareando la canción de Queen – y ve, al fondo, la glorieta del Rey. Incluso alcanza a ver la puerta de la iglesia y el quiosco de Stan Marshall.

Con un gesto de desprecio, vuelve a girar la cabeza hacia sus rodillas, hundidas en el pantalón vaquero. La canción de la radio se acaba y empieza a sonar otra, también de Queen, aunque esta es bastante más conocida. *We are the champions*.

Eso dímelo a mí, piensa Jason con una sonrisa.

Las ruedas del coche patrulla del agente Dinner siguen rotando en dirección a la glorieta del Rey, desde donde girará para tomar la carretera y alejarse del pueblo en dirección a la cárcel del condado, donde Jason tendría que pasar una larga temporada de seguir el lógico y normal discurrir de las cosas.

Pero en Castle Hill, el lógico y normal discurrir de las cosas pronto será solo un sueño.